

## ¿Qué entender por interculturalidad?

Madeleine Zúñiga y Juan Ansión\*

### 1. Cultura

Algunos reclaman por la vaguedad con que se suele utilizar el término *cultura* y su derivado *intercultural*, pero ni bien se intenta una definición se descubre la complejidad que encierra el concepto y, por tanto, la dificultad que representa definirlo. Ante este escollo, muchas veces se renuncia al esfuerzo de precisar nuestras expresiones.

En realidad, si bien es cierto que el tema es muy complejo y que la definición de cultura conlleva toda una perspectiva teórica, en el marco de un discurso orientado a elaborar una propuesta educativa, es indispensable –y de hecho no es tan difícil como se piensa- proponer una definición operativa de cultura y de interculturalidad. Así, por cultura podemos entender los modos de vivir o los modos de ser compartidos por seres humanos.

La cultura y el lenguaje articulado son propios de los humanos: es lo que diferencia específicamente a nuestra especie de todas las demás. Los humanos tenemos la capacidad de ir amoldando y transformando no sólo la naturaleza, sino nuestras propias relaciones con el mundo y nuestra propia forma de vivir. A través de nuestra historia, hemos ido creando y modificando nuestra relación con el mundo en un proceso acumulativo y evolutivo hecho posible porque lo creamos y aprendemos lo transmitimos también a nuestra descendencia sin necesidad de modificación genética. Para ello, hemos inventado –y seguimos renovando constantemente- sistemas simbólicos complejos, que son muy variados en el mundo entero. Tienen también un importante grado de arbitrariedad: ante cualquier reto nuevo que se nos plantea, los humanos siempre tenemos varias –y a menudo muchas- alternativas y posibilidades de creación. Las respuestas a las necesidades –y la propia construcción de las necesidades- son así un producto de nuestra historia. Hoy en día reconocemos que la facultad de creación de sistemas simbólicos no es exclusivamente humana<sup>1</sup> lo que nos

---

\* En: Zúñiga Castillo, Madeleine y Ansión Mallet, Juan: *Interculturalidad y Educación en el Perú*. Cap. I, pp. 9 – 20, Foro Educativo, Lima, 1997.

<sup>1</sup> Sabemos hoy que por lo menos los primates y los cetáceos han desarrollado sistemas simbólicos que se asemejan mucho a importantes aspectos de las culturas humanas, pero carecen propiamente de lengua en tanto sistema articulado que impulsa la constitución de todos los demás sistemas simbólicos y permite el desarrollo de la autorreflexión, como en el caso humano. Para los primates, las investigaciones muestran un bagaje genético que les permite desarrollar, con una educación humana, un nivel muy elemental de lenguaje articulado,

abre una importante perspectiva ecológica, pero nos hace ver también con mayor claridad la importancia decisiva que tiene esa facultad para la especie humana a diferencia de todas las demás. Por ello seguimos hablando de cultura como el modo propio del ser humano de relacionarse con el mundo.

La relación con el mundo implica la relación con la naturaleza, con los demás, consigo mismo, con la trascendencia; nos relacionamos con el mundo con formas de mirar, de sentir, de expresarnos, de actuar, de evaluar. Aunque las expresiones materiales manifiestas son parte de la cultura, es importante entender que, en tanto es viva, una cultura no se reduce nunca a la suma de todas sus producciones. Lo central de la cultura no se ve; se encuentra en el mundo interno de quienes la comparten; son todos los hábitos adquiridos y compartidos con los que nos relacionamos con el mundo. Por esta razón, podemos afirmar que la cultura, a la vez que se internaliza individualmente, es un hecho eminentemente social, puesto que es compartida y se socializa permanentemente en todas las interacciones de la sociedad, y en forma muy particular en los procesos educativos.

Al asumir esta definición operativa de cultura, recordemos que una cultura se gesta al interior de los diversos grupos a los que los humanos se unen por diversas afinidades, sean éstas ideológicas, de clase, de credo, de origen territorial, de origen étnico, de edad, de sexo, etc. En estos grupos se generan y comparten modos de ser y hasta un lenguaje propio que son cultura. La relación entre las diversas culturas que coexisten en cualquier país es una relación entre las personas y de ahí deviene su complejidad. Cuanto más estratificado socialmente sea el país, esa relación tenderá a ser no solo compleja, sino conflictiva. Es necesario reconocer y asumir el conflicto cuando se presente, pues éste implica contacto con el otro, condición básica para la construcción de una identidad, sea personal o cultural, social. Por esta razón, si pensamos en la gestación de una identidad nacional, debemos admitir que el conflicto entre los ciudadanos de un país puede ser el germen de un entendimiento. El diálogo, por difícil que sea, es mejor que la incomunicación. El volver la espalda al otro, por ser diferente y desigual, conlleva desarticulación, imposibilidad de entendimiento, de lograr acuerdos, consensos, de compartir historia. Reconocer relaciones conflictivas conlleva el deseo –incluso oculto o tardío en manifestarse– de solucionar el conflicto. En la búsqueda de soluciones se descubrirá que hay intereses comunes, hecho que ayuda a comprender al otro y a tomar conciencia de que yo tanto como el otro tenemos responsabilidades que cumplir en la gestación de un proyecto político, un futuro mejor

---

aunque con claros límites. En el caso de los cetáceos, han desarrollado un tipo de lenguaje complejo pero que tiene bases muy distintas al lenguaje humano y por ello nos resulta hasta ahora incomprensible.

para todos. En suma, en las relaciones entre miembros de culturas diferentes está presente el conflicto, pero no todo es conflicto.

Ahora bien, de ipso es posible calificar la relación entre culturas distintas como una “relación intercultural”. Sin embargo, cuando escuchamos hablar de una “educación intercultural”, es probable que nos cueste un poco saber exactamente qué significa la expresión, a qué tipo de educación se refiere. Mas aún, si nos preguntaran qué es *interculturalidad*, como hablantes intuimos que hay algo más en ella que una mera relación entre culturas; el término se refiere a una noción cuyo contenido semántico requiere ser explicitado. La comprensión del abstracto *interculturalidad* nos llevará a emplear el calificativo *intercultural* con mayor precisión, buscando que se ajuste a la definición del concepto que lo subyace. Esa es nuestra intención en los párrafos que siguen: discutir sobre qué entender y qué no entender por interculturalidad, para precisar luego qué implica una *educación intercultural*.

## 2. Interculturalidad

### a) Por qué no “mestizaje cultural”

La noción de “mestizaje cultural” ha tenido cierto éxito en el Perú al buscar dar cuenta del encuentro –o del choque si se prefiere- de las culturas autóctonas con la de los colonizadores españoles. Tal vez el término pueda seguir siendo interesante para expresar la voluntad de quienes, desde tradiciones étnicas y culturales diversas, buscan construir un terreno común de entendimiento. Sin embargo, expondremos ahora varias razones que nos hacen pensar que en la actualidad su uso no es muy conveniente.

El término se deriva de la simplificación extrema operada por la gran división colonial, jerarquizante y excluyente, entre “indios” y “españoles”, supuestamente reconciliados en el “mestizaje”. La expresión pasa por alto la gran riqueza de la multiplicidad cultural. Además, confunde en una sola categoría realidades culturales muy distintas (por ejemplo, no es igual el “mestizo” de las antiguas ciudades coloniales que el “indio” que ha adquirido hábitos urbanos). Y finalmente la noción de “mestizaje cultural”, aunque construida a base de las categorías coloniales, tiende a eliminar la percepción de la relación de dominación propia de la situación colonial y heredada de ella. Es decir, tiende a suponer armonía entre todos, dejando de lado la desigualdad real de condiciones de los grupos sociales y étnicos, en el acceso a los recursos culturales ajenos y en las posibilidades de desarrollo y difusión de los propios.

En términos más teóricos, se critica también esta noción porque –como lo señalara Fernando Fuenzalida (1992)- trata las culturas como si fueran entidades

corpóreas con capacidad de mezclarse de modo similar a los seres orgánicos. Para nosotros, en cambio, la cultura no tiene existencia en sí misma, sino que se refiere a *actitudes* acostumbradas y a *maneras de ser* compartidas (dimensión social) de las *personas en concreto* (dimensión individual). Por esta razón, en el mejor de los casos, podría hablarse de “mestizaje” en un sentido metafórico, pero es una metáfora que, lejos de ayudar a entender la realidad, más bien conduce a confundirla.

Por todo ello, nos parece más provechoso dejar de lado ese término para centrarnos en lo que realmente importa: el estudio de las transformaciones que ocurren en nosotros –y que compartimos con otros- al entrar en contacto permanente con personas y grupos que suelen expresarse, actuar, pensar o sentir de modo distinto al que acostumbramos. Lo importante es *entender de qué manera*, en el contacto *cotidiano* entre grupos de orígenes históricos distintos, ocurren las transformaciones sociales y *cómo* van de la mano con cambios en las mentalidades, en los universos simbólicos, en el imaginario de las personas, en sus maneras de sentir y percibir el mundo y, en especial, en sus maneras de adaptarse y enfrentar situaciones nuevas, de relacionarse con datos culturales distintos a los propios.

b) La diversidad cultural y las relaciones interculturales de hecho

La diversidad cultural se presenta en espacios definidos donde coexisten grupos humanos con tradiciones culturales diferentes. Por tal razón, no entenderemos por diversidad cultural la existencia de influencias lejanas, como pudieron ser en Europa la adopción de los fideos o de los molinos de viento asiáticos. En cambio, los contactos frecuentes entre mercaderes y toda clase de viajeros en torno al mediterráneo, por la densidad de estas relaciones, constituyeron espacios importantes de diversidad cultural que generaron relaciones intensivas entre culturas o relaciones interculturales *de hecho*, esto es, relaciones en las cuales, aunque las personas no necesariamente lo quieran ni lo busquen, se ven influenciadas de manera importante por rasgos culturales originados en tradiciones diferentes a la propia. En este sentido, el mundo andino se ha caracterizado siempre por una gran diversidad cultural.

Ahora bien, puede ser muy variada la actitud frente a la diversidad cultural y a las consiguientes relaciones interculturales en las que uno se encuentra sumergido de hecho. Por ejemplo, es posible que ciertas influencias no sean reconocidas e incluso sean rechazadas. El reconocimiento, desconocimiento o rechazo de influencias culturales depende, naturalmente, del prestigio que está socialmente asociado a cada uno de los ámbitos culturales. Pensemos cuánto de influencia árabe hay en la cultura hispana, sin que sea generalmente reconocida. Del mismo modo ¿cuánto de influencia

andina habrá en la cultura criolla del Perú, aunque no se la quiera admitir? Es de esperar que cada persona tienda a reconocer y valorar dentro de sí misma las influencias culturales de ámbitos que gozan de mayor prestigio. Este proceso es complejo, no unilineal, y depende incluso en parte del contexto en el que se encuentre la persona, aquí simplemente interesa señalar que existen influencias en el comportamiento individual o colectivo. Pensemos, por ejemplo, en la influencia de la lengua materna o en la manera de hablar de otro idioma: aunque se lo quiera negar, esta influencia jamás desaparece por completo.

Esta actitud variada ante influencias culturales, de acuerdo a su prestigio y proveniencia, está íntimamente ligada al contexto de mucha desigualdad social en que se da generalmente el contacto entre personas de culturas diferentes, como es el caso del Perú. Las influencias culturales mutuas no se procesan entonces de manera armoniosa y en un ambiente de respeto mutuo y de diálogo. Es más bien lo contrario lo que ha venido dándose a lo largo de la historia. Pero ello no significa que no hayan existido estas influencias mutuas (o relaciones interculturales de hecho). Significa, eso sí, que para quienes viven ese proceso, es difícil reconocer y asumir plenamente la riqueza potencial que representan recursos culturales generados a través de prolongadas experiencias históricas distintas, y que de pronto se encuentran reunidas y al alcance. Al mismo tiempo, la historia de la humanidad, y en especial también la del Perú, está llena de ejemplos de influencias mutuas que se han producido en medio de relaciones sociales jerarquizadas y de procesos de dominación y explotación. Sólo por tomar ejemplos materiales muy obvios, se puede recordar que Europa se salvó de muchas hambrunas gracias a la papa andina y que la agricultura andina, por su lado, adaptó con mucho éxito el buey y el arado a sus sistemas de producción.

En medio del conflicto y la injusticia de las relaciones sociales, siempre hubo quienes soñaron con convertir las relaciones interculturales existentes de hecho, en un punto de partida para establecer relaciones sociales más justas: la interculturalidad se convierte entonces de una situación de hecho en un principio normativo orientador de cambio social.

c) La interculturalidad como principio normativo

Más allá de la existencia de *hecho* de relaciones interculturales, la interculturalidad puede tomarse como *principio normativo*. Entendida de ese modo, la interculturalidad implica la actitud de asumir positivamente la situación de diversidad cultural en la que uno se encuentra. Se convierte así en principio orientador de la vivencia personal en el plano individual y en principio rector de los procesos sociales

en el plano axiológico social. El asumir la interculturalidad como principio normativo en esos dos aspectos –individual y social- constituye un importante reto para un proyecto educativo moderno en un mundo en el que la multiplicidad cultural se vuelve cada vez más insoslayable e intensa.

En el nivel individual, nos referimos a la actitud de hacer dialogar dentro de uno mismo –y en forma práctica- las diversas influencias culturales a las que podemos estar expuestos, a veces contradictorias entre sí, o por lo menos, no siempre fáciles de armonizar. Esto supone que la persona en situación de interculturalidad, reconoce conscientemente las diversas influencias y valora y aquilata otras. Obviamente, surgen problemas al intentar procesar las múltiples influencias, pero al hacerlo de modo más consciente, tal vez se facilita un proceso que se inicia de todos modos al interior de la persona sin que ésta se dé cabal cuenta de ello. Este diálogo consciente puede darse de muchas formas y no sabemos bien cómo se produce, aunque es visible que personas sometidas a influencias culturales diversas a menudo procesan estas influencias en formas también similares.<sup>2</sup> Por ejemplo, en contraposición a la actitud de desconocimiento y rechazo de una vertiente cultural con poco prestigio, actualmente ciertas corrientes ideológicas están desarrollando una actitud similar de rechazo de la vertiente cultural de mayor prestigio.

La interculturalidad como principio rector orienta también procesos sociales que intentan construir –sobre la base del reconocimiento del derecho a la diversidad y en franco combate contra todas las formas de discriminación y desigualdad social- relaciones dialógicas y equitativas entre los miembros de universos culturales diferentes. La interculturalidad así concebida,

*“(...) posee carácter desiderativo; rige el proceso y es a la vez un proceso social no acabado sino más bien permanente, en el cual debe haber una deliberada intención de relación dialógica, democrática entre los miembros de las culturas involucradas en él y no únicamente la coexistencia o contacto inconsciente entre ellos. Esta sería la condición para que el proceso sea calificado de intercultural.” (Zúñiga, 1995)*

En este sentido, la interculturalidad es fundamental para la construcción de una sociedad democrática, puesto que los actores de las diferentes culturas que por ello se rijan, convendrán en encontrarse, conocerse y comprenderse con miras a cohesionar un proyecto político a largo plazo. En sociedades significativamente marcadas por el conflicto y las relaciones asimétricas de poder entre los miembros de sus diferentes

---

<sup>2</sup> De una constatación como ésta nació la concepción “mestizaje cultural”, pero ya hemos señalado la inconveniencia de este término.

culturas, como es el caso peruano, un principio como el de la interculturalidad cobra todo su sentido y se torna imperativo si se desea una sociedad diferente por ser justa.

El asumir así plenamente la interculturalidad implica confiar en que es posible construir relaciones más racionales entre los seres humanos, respetando sus diferencias. El mundo contemporáneo, cada vez más intercomunicado, es también un mundo cada vez más intercultural –como situación de hecho- en el que, sin embargo, pocas culturas (y en el límite una sola) disponen de la mayor cantidad de recursos para difundir su prestigio y desarrollarse. Es decir, vivimos en un mundo intercultural en el que tiende a imponerse una sola voz. La apuesta por la interculturalidad como principio rector se opone radicalmente a esa tendencia homogeneizante, culturalmente empobrecedora. Parte de constatar las relaciones interculturales de hecho y afirma la inviabilidad a largo plazo de un mundo que no asuma su diversidad cultural como riqueza y como potencial.

### **3. La crisis de la modernidad**

El proyecto de la modernidad nacido de la Ilustración afirmó el sueño de la posibilidad de un progreso indefinido regido por la razón. La historia del siglo XX, sin embargo, es también de algún modo la historia de la pérdida de credibilidad del proyecto así definido. Para ello basta mencionar la constatación hecha de sentido común de los horrores a los que puede conducir el desarrollo tecnológico con su “razón instrumental” (basta la masacre de Auschwitz como ejemplo).

Al mismo tiempo, nacen o renacen identidades nacionales y étnicas en los pueblos subordinados dentro del nuevo orden mundial, dando lugar con frecuencia a movimientos marcados por un claro anti-occidentalismo. Pese a los avances científicos y tecnológicos que han puesto al Japón junto con otros países orientales a la punta de la modernidad, se sigue muchas veces identificando a occidente con modernidad, con el rechazo de ambos, con toda la ambigüedad que significa rechazar la modernidad de occidente más no su tecnología. Estos movimientos ceden también fácilmente a la tentación de intentar recrear mundos cerrados en diversas formas de fundamentalismo.

La ideología de la posmodernidad es una forma de respuesta a esta crisis, aunque si se la mira desde cierta distancia (y especialmente desde el sur), aparece como una respuesta en realidad muy propia de la cultura moderna y, además, muy occidental. Paralelamente, y casi independientemente de estos movimientos de crítica o negación de la modernidad, la vida misma de las personas, de las instituciones y de los Estados, continúa en lo central siendo regida por una búsqueda cada vez más

exigente de eficiencia, propia de la racionalidad moderna regida por el ideal del progreso. Tal vez el drama de la sociedad globalizada de hoy sea que, aunque ya no se cree en el progreso, éste sigue siendo la meta que todos persiguen, a falta de otro sentido que ha desaparecido del horizonte.

Muchos sostienen que el proyecto moderno, sin embargo, no está agotado. Su crisis manifiesta más bien una insuficiencia de modernidad, es decir una insuficiencia de racionalidad y razonabilidad (o sensatez, en el sentido de Eric Weil) en las relaciones humanas. Se podría pensar, incluso, que recién están apareciendo las condiciones de una modernidad mayor, o al menos que la sociedad está en crisis, no porque la modernidad la destruyó, sino porque, al contrario, es insuficientemente moderna. El sueño de hoy ya no es, claro está, el de un progreso indefinido logrado mediante una ciencia omnipotente, sino más bien el de alcanzar una vida razonable en el planeta sobre la base del respeto de las diferencias entre todos los seres humanos. Desde ahí es posible hablar nuevamente de un universal, ya no impuesto desde fuera, sino surgido del diálogo y de la tolerancia.

#### **4. La interculturalidad como respuesta posible a la crisis de la modernidad**

El aprender a vivir entre los diversos se está convirtiendo así en el nuevo reto (y tal vez el nuevo mito de una modernidad más amplia). El proyecto de interculturalidad, respetuoso de las diferencias, es hasta ahora contradictorio con la homogeneización que produce la gran empresa multinacional<sup>3</sup>. Sin embargo, el mismo proceso que produce homogeneización, pone también en comunicación cada vez más estrecha al planeta entero, poniéndonos a todos cada vez más en situación de relaciones interculturales de hecho, lo cual crea condiciones para luchar contra la tendencia uniformizante.

Existe entonces un campo enorme para una lucha cuyos resultados dependerán en gran parte de la actitud de las sociedades subordinadas, de su capacidad de proponer con fuerza valores al mundo de hoy, de difundir maneras de ver inspiradas en sus propias tradiciones, de crear formas nuevas de modernidad. Lo que está en juego y en discusión, entonces, es la posibilidad de crear y recrear la modernidad desde múltiples tradiciones. Los japoneses han mostrado que esto es posible al desarrollarse afianzando más su cultura y creando modernidad desde ella: pensemos, por ejemplo, en el refinamiento que ponen en el acabado y en la

---

<sup>3</sup> La Coca-Cola es uno de los símbolos de esta modernidad uniformizadora, al haber logrado el sueño de un producto idéntico en el mundo, pero ha percibido hace ya tiempo los límites de esta perspectiva –aunque no la puede combatir sin desaparecer. Por eso recurre a paliativos que le dan un barniz de diversidad: propaganda con mezcla de razas, nombre diversificado – Coke o Coca-Cola- banderitas de diversos países, etc.



presentación de los productos industriales. Frente a una modernidad uniformizante (y básicamente occidental), es posible imaginar una modernidad diversa y plural, más rica, que explore muchas alternativas a la vez y que las confronte permanentemente en los nuevos y veloces espacios de intercomunicaciones.

En esta perspectiva, el Perú tiene mucho que aportar. Si el reto del mundo en el próximo siglo es el de crear relaciones sensatas de convivencia sobre la base del respeto y aprovechamiento de la diversidad, ese es un aspecto en que el Perú tiene ventajas comparativas si los peruanos somos capaces de ir a nuestras raíces y aprender de nuestras antiguas culturas. Sabemos que desde siempre, los antiguos peruanos supieron manejar la diversidad de la naturaleza. Pero no sólo eso: también tuvieron muchos recursos para manejar la diversidad de los grupos sociales y hacer posible la convivencia entre quienes se mantenían diferentes.

Un eje central de trabajo es entonces el proyectarnos al futuro desde una civilización –la andina- cuyo rasgo más relevante, comparativamente con otras grandes civilizaciones, siempre fue el de enfatizar el manejo de la diversidad en todos sus aspectos, tanto físicos como sociales y culturales.

La lucha por un mundo regido por el principio de interculturalidad es, desde luego de enormes dimensiones, pero está a la altura de los grandes retos que necesitan las nuevas generaciones. Supone aprender a pensar el mundo desde nuestra experiencia y a la vez desde el mundo mismo; trabajar la relación norte-sur en diálogo con el norte aprendiendo también del sur, especialmente de quienes (como la India, por ejemplo) han avanzado desde su propia historia en la construcción de propuestas del manejo de la diversidad.